

hombre. Gogarten, Bonhoeffer e incluso Bultman se colocan en la misma línea de identidad entre antropología y teología. Tal vez sea una buena prueba de que los problemas propuestos por Feuerbach pueden aún abrir nuevas vías —no sabemos si arribarán o no a resultados satisfactorios—, dejando un poco de lado las insuficientes soluciones de su teología.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

ARTURO GARCIA ASTRADA, *Tiempo y eternidad*, Editorial Gredos, Madrid, 1972, 120 pp.

Editorial Gredos nos brinda con la presente publicación (tesis doctoral del autor) una interesante reflexión acerca de temas a fuer de antiguos, plenos aun de interrogantes. Es que hasta el fin de sus días constituirá para el hombre un insondado misterio el tiempo en el que transcurre su existencia y del cual, no obstante, se evade a cada instante en pos de una eternidad que presente conatural. Dicha *connaturalidad* nos lanza certeramente hacia las profundidades mismas del ser, y es en este ámbito que García Astrada urde la trama de su especulación. El libro, prologado por Manuel Gonzalo Casas, se divide en cinco capítulos y un epílogo; los tres primeros capítulos relacionan tiempo, ser, nada y eternidad, en tanto los dos restantes exponen tiempo y eternidad en Aristóteles y Nietzsche.

G. A. da una tónica vivencial a sus reflexiones, transmitidas en lenguaje heideggeriano y, cuando ello es conveniente, en la sutileza de una imagen poética. En cuanto al pensamiento mismo, es indubitable tributario de Hegel y Heidegger, aun cuando la referencia histórica abarca a varios otros autores.

En el primer capítulo establece íntima conexión entre tiempo y ser, trabajando muy finamente los conceptos de: *existente*, como "lo Otro... que está fuera de la mismidad del Ser" (p. 17), el no-ser con respecto al Ser, oculto o ausente en él, y así resulta que "la nihilidad es, pues, constitutiva del tiempo y del ámbito entitativo en el cual aquél acontece" (p. 19); *tiempo*, que "es un venir de lo aún no existente, que es el futuro, para ir a lo ya no existente, que es lo pasado" (p. 13); *eternidad*, "vida que persiste en su identidad, que es siempre presente a sí misma en su totalidad... es todo a la vez..." (p. 20). Análisis etimológicos de saber heideggeriano lo llevan, en coincidencia con ese profundo intimista que es Kierkegaard, a la afirmación del instante como contacto entre eternidad y tiempo, instancia que es presencia del Ser en el ente. Eternidad y Ser que, ante el tiempo y el ente, son negación, Nada.

De la *Nada* precisamente trata el capítulo segundo, que transcurre en una amena exposición de reflexiones históricas al respecto: las de Parménides, Bergson, Sartre y Kant en primer término, la tradición judeo-cristiana, y su elaboración por el Medioevo en segundo lugar y finalmente, la concepción que hace suya el autor y bajo la que revistan parcialmente filósofos como Heidegger, Hegel, Plotino, Lao-Tsé y Scoto Erigena. La Nada aparece identificada con el Ser, "fecundo vacío de donde todo ente surge a la existencia" (p. 54), y ante ella sólo cabe el silencio, o el místico balbuceo de un San Juan de la Cruz: "...que me quedé no sabiendo, toda ciencia trascendiendo..." (ib.).

El tercer capítulo desemboca en el tema de la *eternidad*. Principia señalando la composición limitadora del Ser que la esencia instauro en el ente, juntamente con el cual (y no por azar) acaece el tiempo, y se pregunta por el funda-

mento de la relación mundo (ente)-tiempo. "La extensión aparece como el supuesto o sustrato de los entes que constituyen el mundo, y también del tiempo" (p. 62), donde extensión tiene el sentido de "ámbito de posibilidad" (p. 63). En dicho ámbito los entes ya *no son* en cuanto *eran Ser*, y tan sólo les queda como aspiración el futuro retorno a ese Ser, en el anonadamiento de su sí mismo "entificado": "El tiempo es la circulación pensante e infinita en el seno de la eternidad del Ser" (p. 73).

Tiempo y eternidad en Aristóteles es lo tratado en el capítulo cuarto, partiendo de la consideración del Ser como Acto puro, eterno y perfecto, pensamiento que se piensa, en contraste con el cual se habla del ente finito, temporal ("El tiempo no es sin cosas y, recíprocamente, sin cosas no hay tiempo", p. 82) y móvil, ya que "el tiempo es número del movimiento" (p. 83). Desde aquí nos internamos en una esforzada recreación de la pregunta aristotélica por el tiempo, y el instante como "un continuo dejar de ser que oculta dónde, cuándo y cómo se deja de ser" (p. 85). En el transcurso de esta exposición no podemos dejar de señalar con inquietud una tesis que G. A. atribuye a Aristóteles y que nos parece conceptualmente confusa o, al menos, de imprecisa formulación. Es la que se refiere al "tiempo infinito (que) supone, entonces, una inteligencia infinita que infinitamente *numera* o *cuenta* al infinito movimiento... la inteligencia al pensarse a sí misma se mide y se *numera*" (p. 89). Idéntico tema (Tiempo y Eternidad), esta vez en Nietzsche, es abordado en el último capítulo. Para este filósofo la esencia del Ser no es ya la Intelección sino la Volición de Sí total, a la que se opone el tiempo, en tanto implica sucesión y, por ende, parcialidad: "Eso y únicamente eso, es la venganza misma: la repugnancia de la Voluntad contra el tiempo y su *fue*" (p. 99). El cumplimiento de la volición sólo podrá ser efectivo sumergiendo al tiempo en la eternidad: nuevamente la tesis del eterno retorno, pero esta vez, en un contexto de absoluta immanencia.

El epílogo con el que se cierra la obra aporta una síntesis de los principales puntos expuestos, y una conclusión que en manera alguna podemos calificar de novedosa: se trata del Absoluto concebido en los términos de la circularidad dialéctica hegeliana y, en dicho contexto, del ente finito y el tiempo (pp. 117-8). La cual conclusión nos lleva a formular, acerca de su elaboración previa, una doble apreciación. Pues, si hemos de entender cada uno de los pasos recorridos a la luz de lo afirmado en el epílogo, la posición sustentada por G. A. se inscribe sin mayores variantes en la muy fecunda filosofía hegeliana, lo cual simplifica (¿o no?) la tarea del lector, amenizada por otra parte con una expresión ciertamente más accesible, variada y rica en imágenes y referencias históricas. Pero si no es éste el caso, sería sin lugar a dudas interesante para el lector (y original en cuanto al autor, si su intención concuerda) verificar la versión de tesis que son síntesis de la sabiduría griega y la tradición judeocristiana y de pormenorizada elaboración medieval, enriquecidas por el aporte de filósofos modernos, en formas de pensamiento y expresión contemporáneas, con un lenguaje que es el de nuestros días (la ignorancia del mismo no sería tal, sino ceguera), totalmente vital y, aún así, preciso y exigente. Claro es que, en esta segunda opción, permanece inexplicada la afirmación terminal del autor, pero la novedad del trabajo puede muy bien lanzarnos a la aventura de nuestra propia conclusión.

La abundancia de notas y citas bibliográficas, juntamente con la impecable presentación, ya tradicional en la Editorial Gredos, contribuyen a acentuar el agrado con que acogemos la presente publicación.